

# Vallejo-Neruda: divergencias y convergencias

El tema Vallejo-Neruda ha sido ya tratado varias veces,<sup>1</sup> pero no me parece inútil volver sobre él en esta ocasión. Y ante todo hablar de las relaciones entre los dos poetas, que muchas conjeturas han originado y que, por fin, pueden ser aclaradas definitivamente a través de una atenta lectura de lo que Neruda dejó escrito en torno a su «amigo» y compañero.

Conocida de sobra es la inquina entre Neruda y Larrea a propósito de Vallejo.<sup>2</sup> Se puede hablar, por Larrea, de un amor posesivo con relación a Vallejo, tanto que había llegado a considerar como propiedad exclusiva la figura y la obra del poeta peruano, determinando situaciones difíciles con varios intelectuales y especialmente con la nada fácil viuda del poeta, Georgette.

Contra Neruda, Larrea tenía varios motivos de enemistad: le reprochaba ante todo la suficiencia con que había tratado a su idolatrado poeta durante el período parisino y hasta le acusaba de plagio en varias ocasiones, por consiguiente de ser un deshonesto y poeta escasamente dotado.

El chileno se vengó de su detractor en la conocida oda «A Juan Tarrea», que incluyó en 1956 en las *Nuevas Odas elementales*. Es aquí donde Neruda acusa a Larrea-Tarrea de haberse aprovechado de Vallejo: «dio la mano, / pero la retiró con sus anillos. / Arrasó las turquesas. / A Bilbao se fue con las vasijas». Larrea fue, según Neruda, un explotador del poeta peruano: «... se colgó de Vallejo, / le ayudó a bien morir, / y luego puso un pequeño almacén / de prólogos y epílogos». Quiso además, según le acusa el chileno, enseñarle a los americanos qué es América, una América que no conocía y que se transformaba en una serie de discursos vacíos, en un «... berenjenal / de vaguedades», en un «... baratillo viejo / de saldos metafísicos, / de pseudo magia / negra / y de mesiánica / quincallería». Mientras Neruda afirmaba su aceptación por los españoles que quisieran «roturar» la tierra americana o «presidir» sus ríos, invitaba a Larrea-

<sup>1</sup> Cfr. G. Meo Zilio, «Vallejo y Neruda (Posibles influencias nerudianas en Vallejo)», en *Varios Autores, Aspetti e problemi delle letterature iberiche. Studi offerti a Franco Meregalli*, Roma, Bulzoni, 1981, y R. Paoli, «Vallejo y Neruda», en *Estudios sobre literatura peruana contemporánea*, Firenze, Stamperia Editoriale Parenti, 1985.

Paoli habla de un «Camino ya trillado» con relación a la comparación Vallejo-Neruda, pero «legítimo y razonable», puesto que «si se ha hecho y se ha vuelto a hacer, y hasta se ha enriquecido con enfoques distintos, esto significa que tiene alguna razón de ser» (pp. 75 y 76); una «confrontación» que a pesar de las analogías llega a establecer que los dos poetas «son radicalmente diferentes», sin embargo provechosa porque nos ayuda «a conocer mejor el perfil de cada uno» (p. 91).

<sup>2</sup> Cfr. los ataques de Juan Larrea a Neruda en «El Surrealismo entre Viejo y Nuevo Mundo», México, Cuadernos Americanos, 1944, ahora, con otros ensayos, en *Del Surrealismo a Machupicchu*, México, Mortiz, 1967.

Tarrea a que regresara a las puertas del Caudillo, del que lo definía, grave acusación política, «emanación», y orgullosamente afirmaba la permanencia de su canto por encima del odio y la calumnia: «Yo tengo canto / para tanto tiempo / que te aconsejo / ahorres / uña y lengua». Tonos duros, que le conocemos frecuentes a Neruda contra sus enemigos.<sup>3</sup>

Pero, en realidad, ¿qué opinión tenía Neruda de César Vallejo? En varias ocasiones la afirmó positiva, aunque, como lo comprobé directamente varias veces, no le gustaba el argumento, posiblemente hastiado por tanto habérselo propuesto. A pesar de todo, prevaleció, en el tiempo, por encima de la común experiencia parisina del destierro, o precisamente por ello —un destierro mucho más difícil para Vallejo que para Neruda, lo sabemos—, la diversidad de temperamento, sombrío el de Vallejo, más alegre el de Neruda, y con una disposición original a ver el aspecto humorístico de las cosas, a tomarle el pelo a la gente, incluso a sus compañeros más queridos. Un temperamento, el de Neruda, que muy bien se avenía, por ejemplo, al más bondadoso, pero también guasón, de Miguel Angel Asturias, con el cual la amistad fue perfecta.

Las memorias nerudianas, reunidas y publicadas después de su muerte, *Confieso que he vivido*, son reveladoras de la situación, si las consideramos atentamente. La verdad, que Neruda nos envía allí a algunos poemas que dedicó a la figura y la poesía de Vallejo, pero es sólo una tentativa de despistar al lector. En efecto, dos son los poemas que Neruda dedica a su amigo poeta: en 1954 incluye en las *Odas elementales* la «Oda a César Vallejo» y en 1958 le dedica otro poema. En la oda mencionada, el poeta chileno evoca el período pasado en París, en tiempos de la guerra civil española, e intenta, con versos insólitamente rudos, no por ello en ocasiones menos eficaces, presentar una imagen de Vallejo que llamaré «comprensiva». Neruda considera la doble condición de desterrado del peruano, ve representado en él al símbolo de su raza, participa intensamente en su muerte, lo va buscando, y es aquí que la imagen de Vallejo imprevistamente se transforma, se vuelve luminosa, milagro que sabe realizar el poeta chileno siempre que se enfrenta con la tragedia del destino humano. Vallejo es, para Neruda, la esencia de su raza y de su mundo:

Te busco  
gota a gota,  
polvo a polvo,  
en tu tierra,  
amarillo  
es tu rostro,  
estás lleno  
de viejas pedrerías,  
de vasijas  
quebradas,  
subo  
las antiguas  
escalinatas,  
tal vez

<sup>3</sup> *Contra Neruda*, Larrea escribió, con motivo de la oda mencionada, la «Carta a un escritor chileno interesado por la "Oda a Juan Tarrea" de Pablo Neruda», en 1964, recogida ahora en *Del Surrealismo a Machupicchu*, ob. cit..

estés perdido,  
 enredado  
 entre los hilos de oro,  
 cubierto de turquesas,  
 silencioso,  
 o tal vez  
 en tu pueblo,  
 en tu raza,  
 grano  
 de maíz  
 extendido,  
 semilla  
 de bandera.

Imagen exaltante, posiblemente influida en Neruda por el deslumbramiento provocado en él por las Alturas de Macchu Picchu, visión luminosa en la que se expresa la sustancia misma de una América permanente, que en Vallejo tiene su poeta:

... un día  
 te verás en el centro  
 de tu patria,  
 insurrecto,  
 viviente,  
 cristal de tu cristal, fuego en tu fuego,  
 rayo de piedra púrpura.

Es éste un Vallejo totalmente «reconquistado». Pocos años después, en *Estravagario* (1958) Neruda vuelve a Vallejo, sin mencionarlo más que con una «V.». La «V» floreal que constituye el título del poema es un homenaje transparente, pero en el poema escasa es la nota poética. Neruda vuelve al tema molesto de los ataques y las acusaciones de sus enemigos. Como en el caso del poema en muerte de Gabriela Mistral, el poeta chileno pone de relieve, con ironía amarga, la celebración del genio después de que ha muerto el hombre y le duele que ahora, en un ejercicio absurdo, se emplee al muerto contra él, para establecer grandezas;<sup>4</sup> defiende, por consiguiente, una intimidad que elimina comparaciones, una experiencia existencial que es la única que lo acerca a Vallejo:

él, en el territorio de su muerte,  
 con sus obras cumplidas,  
 y yo con mis trabajos  
 somos sólo dos pobres carpinteros  
 con derecho al honor entre nosotros,  
 con derecho a la muerte y a la vida.

En los poemas citados, al fin y al cabo, no encontramos la documentación de una verdadera amistad, pero sí comprensión. Menos favorables son, a pesar de todo, los pasajes que se refieren a Vallejo en las memorias nerudianas, *Confieso que he vivido*. Sería suficiente comparar la alusión, en estas prosas, a la cabeza del peruano —«su gran cabeza amarilla, parecida a las que se ven en las antiguas ventanas del Perú.»<sup>5</sup>—, con

<sup>4</sup> Sobre el mismo tema vuelve Neruda en *Confieso que he vivido*, Buenos Aires, Losada, 1974, p. 383.

<sup>5</sup> *Ibidem*.

el verso de la oda que Neruda le dedica en 1954 —«amarillo/ es tu rostro»—, para comprobar la diferencia de clima. Tratando del poeta, no obstante las inevitables apreciaciones por una «poesía arrugada, difícil al tacto como piel selvática, pero poesía grandiosa, de dimensiones sobrehumanas»,<sup>6</sup> se hace patente la diferencia entre dos caracteres opuestos y una escasa comprensión humana. Frente a la expresada admiración por el poeta que es Vallejo, destaca una incompatibilidad que se manifiesta desde el primer encuentro, allá por el año de 1927: cuando Vallejo expresa a Neruda que, en su opinión, él es el «más grande de todos nuestros poetas» y que sólo Darío se le podría comparar, la reacción del chileno es brusca, rechaza todo trato «literario» y provoca en el peruano inmediata molestia.<sup>7</sup> Recuerda Neruda:

Me pareció que mis palabras le molestaron. Mi educación antiliteraria me impulsaba a ser mal educado. El, en cambio, pertenecía a una raza más vieja que la mía, con virreinato y cortesía. Al notar que se había resentido, me sentí como un rústico inaceptable.<sup>8</sup>

Declara luego que más tarde se hicieron muy amigos, que se veían diariamente en París en años sucesivos y que lo fue apreciando «más y más en su intimidad».<sup>9</sup> Seguramente Neruda fue apreciando, de Vallejo, la intensa problemática que su poesía expresaba, porque en parte la sentía muy afín a la suya, pero a nadie se le escapa la ironía encerrada en las últimas frases del pasaje citado. Tampoco es realmente positiva la imagen que Neruda nos ofrece de su «amigo»:

Vallejo era sombrío tan sólo externamente, como un hombre que hubiera estado en la penumbra, arrinconado durante mucho tiempo. Era solemne por naturaleza y su cara parecía una máscara inflexible, cuasi hierática. Pero la verdad interior no era esa. Yo lo vi muchas veces (especialmente cuando lo arrancábamos de la dominación de su mujer, una francesa tiránica y presumida, hija de *concierge*), yo lo vi dar saltos escolares de alegría. Después volvía a su solemnidad y a su sumisión.<sup>10</sup>

Aparte el declarado rechazo por Georgette de Vallejo, que más adelante Neruda repite, definiéndola «insoportable»,<sup>11</sup> y que aquí despectivamente declara «hija de *concierge*», el poeta chileno presenta al peruano como hombre presumido y de carácter débil, sometido a su terrible mujer.<sup>12</sup> Conociendo a Neruda, es inevitable que su carácter no encontrara puntos de inmediata simpatía en Vallejo, como al contrario los había encontrado en Alberti, en García Lorca, en Hernández o el mismo Aleixandre, siempre tan sencillo y espontáneo. Si de amistad se pudiera hablar entre Neruda y Vallejo, se trataría más bien, como el chileno mismo la definió, de una «amistad descentrada»,<sup>13</sup> o mejor de una sincera apreciación por el significado de su poesía.

Una común problemática es la que une a los dos poetas americanos y común es el punto de partida: la adhesión, a través de intensas lecturas, a Quevedo. Una misma

<sup>6</sup> *Ibíd.*, p. 93.

<sup>7</sup> *Ibíd.*

<sup>8</sup> *Ibíd.*

<sup>9</sup> *Ibíd.*

<sup>10</sup> *Ibíd.*, p. 94.

<sup>11</sup> *Ibíd.*, p. 178.

<sup>12</sup> *Ibíd.*, p. 94.

<sup>13</sup> *Ibíd.*, p. 383.